DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA LA HISTORIA DE DOS ESTRUCTURAS ÉTICAS

*Alfredo Villafranca**

*Teresa Martínez***

*Su ceguera nos duele.
Con un caballejo, una débil armadura
y un cuerpo no menos frágil,
no se puede implantar el fin objetivo, ideal,
que se ha apoderado de su pensamiento.
Aquí, encontramos, los lectores,
la tragedia de nuestra propia nada.*

Agustín Basave

La obra de Cervantes, más comentada que leída, ha arrojado análisis y exégesis diversas, ya sea desde la perspectiva literaria como histórica, cultural y hasta sociológica por la riqueza que significa en sí misma.

Así, los *Entremeses*, *Cuentos* y *Poemas* del Manco de Lepanto cobran dimensión de trascendencia en el Quijote. Las andanzas del Caballero de la triste figura, en particular, han sido sometidas a la interpretación moral de un modelo de deber ser heroico y coherente del Quijote y una crítica de la inmediatez y banalidad de la actitud de su escudero Sancho Panza. Don Quijote de la Mancha representa el deber ser del idealismo y Sancho Panza la futilidad superficial y la vida fácil sin más proeza que comer y beber.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

** Candidata a la Licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM.

Los dos personajes centrales de la novela, reiteradamente, son analizados como estereotipos moralmente opuestos: la heroicidad con causa, frente a la simpleza con sentido común.¹ De ese modo, ante la ingenuidad del hidalgo, Sancho parece un truhán que se une a su causa por la firme promesa de ser gobernador de una isla, ganarse unos pesos o, tal vez, por alejarse de las exigencias de su mujer, Teresa Panza. Sancho sólo parece un tipo capaz de mentir, con la conciencia de la locura de su señor.

Otros estudios² han argumentado que el caballero manchego y su escudero no son moralmente dos tipos perfectos, si lo fueran se alejarían de las figuras humanas contingentes, paradójicas y dotadas de pasión, magistralmente descritas por Cervantes.

Es menester por tanto, proponer una lectura paralela entre Sancho y Don Quijote, hasta topár con las estructuras éticas que sostienen las acciones de uno y otro; indagar los principios fundamentales de su conducta y ubicarla dentro de un código moral. La pretensión es salvar la valía de Sancho y don Quijote, por su estructura moral, en la medida en que ambos ejercen acciones moralmente evaluables, y aparentemente contradictorias entre sí. No obstante, tales morales son congruentes con un sistema ético que las sustenta. Caballero y escudero tienen su propia moral porque cada uno de ellos la hace descansar sobre una ética distinta.

- Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar [...]
- [...] Sábetelo amigo Sancho –respondió don Quijote–, que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia (próxima) de ser los caballeros andantes reyes y emperadores [...]³

¹ Nicolás Díaz de Benjumea, *La verdad sobre el Quijote. Novísima historia crítica de la vida de Cervantes*, p. 124.

² Apud Agustín Basave, *Filosofía del Quijote. Un estudio de antropología axiológica*, 1988 (2), México, Espasa Calpe, (Austral, 1289), p. 172.

³ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Círculo de Lectores, 1976, España. Notas de José Ma. Castro Calvo, p. 121-3.

A guisa de ejemplo de este aparente desencuentro de moralidad, tomemos como telón la presencia de Dulcinea, quien según Unamuno⁴ “simboliza la gloria que persigue don Quijote”. Tras algunas aventuras, el Caballero de la Triste Figura –como lo nombra Sancho–⁵ repara en hacer penitencia en nombre de su amada, y hacerle saber a la afortunada, que el valiente caballero, en mitad de la Sierra Morena, le dedica cada respiro y cada sacrificio.

Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos [...] y una de las cosas en que más este caballero mostró prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor fue cuando se retiró, desdeñado de la Señora Oriana a hacer penitencia en Peña Pobre [...] Así que me es más fácil imitarle en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos [...]⁶

La manera de enterar a Dulcinea de la penitencia por la que pasa su caballero es enviarle una sentida carta en manos de su escudero. Sancho Panza olvida la carta en lo alto de la sierra y, con mala memoria y mejor ingenio, parafrasea para el barbero y el cura –amigos de don Quijote–, un nota que va de la comicidad al absurdo, sabiendo que la *Alta y sobajada, digo soberana señora*⁷ no es más que una labradora ordinaria, que la locura de su amo embellece, y quien nunca tiene noticia del Caballero de la Triste Figura y las aventuras que libra en su honor.

A su regreso, Sancho es confrontado por don Quijote, y miente con sagacidad, pues afirma haberse hecho escuchar por la destinataria, reconociendo que ha perdido la carta. En complicidad con los

⁴ Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, 1990, México, Cátedra-Red Editorial Iberoamericana, p. 173.

⁵ Cervantes, *op. cit.*, p. 150.

⁶ *Idem*, p. 199-200.

⁷ *Idem*, p. 257.

amigos del caballero, cuenta la supuesta reacción de Dulcinea a las noticias de su señor, de ningún modo la concibe como la delicada damisela de la mente del Quijote, pero la realidad con la que la describe es evadida con facilidad por el héroe manchego.

- Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.
- No la hallé –respondió Sancho– sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.
- Pues haz cuenta –dijo don Quijote– que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos.[...]
- No era sino rubión –respondió Sancho.
- [...] Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?
- [...], y díjome: “Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está”.⁸

En el capítulo décimo del segundo libro, don Quijote decide buscar a su doncella, pero esta vez pide a Sancho que la haga venir con él, demanda que complica el escenario del escudero, quien no tendrá bastante con inventar que se ha hecho escuchar por la doncella.

Como es de esperar, Sancho tiene que mentir otra vez, haciendo pasar a una labradora del camino por la sin par Dulcinea.

- De ese modo –replicó don Quijote–, buenas nuevas traes.
- Tan buenas –respondió Sancho–, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.
- ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? –dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

⁸ *Idem*, p. 258.

- ¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced –respondió Sancho–, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? [...] ⁹

La locura de don Quijote no alcanza a disimular que no está frente a su doncella sino ante una labradora ordinaria. Culpando a los encantadores de esconder la belleza de Dulcinea en la simpleza de tal mujer, don Quijote se hace de un nuevo sufrimiento, pues su dama ha sido encantada y él tendrá que rescatarla. Sancho, que sabe bien que Dulcinea no es sino un invento de su amo, no hace aclaración alguna. Los duques –que han aparecido en el capítulo treinta del segundo libro– participan del engaño e inventando la aparición sobrenatural de Merlín, príncipe de la magia, sentencian que la única posibilidad de salvar a Dulcinea radica en tres mil y trescientos azotes que por voluntad se dará Sancho, quien se ha creído el encantamiento. Tras larga resistencia, Sancho accede a negociar la salvación de su señora, ya por las súplicas del Quijote, o por su disposición a darle lo que pida. El acuerdo favorece a ambos, don Quijote volverá a ver a su hermosa doncella y Sancho por fin logrará ser gobernante de una isla.

- Pues en verdad amigo Sancho –dijo el duque– que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno [...]. En resolución Sancho, o vos habéis de ser azotado, o os han de azotar, o no habéis de ser gobernador. ¹⁰

105

La lealtad de Sancho a su amo parece a toda prueba, no obstante, los azotes son un dolor que no quiere enfrentar. El amo lleva la cuenta de los azotes, confiando en el sacrificio de Sancho y en el resultado que tendrá, al tiempo que el escudero los reparte entre los árboles y sus carnes, sin faltar a la promesa de salvar a su señora, ni desgarrar sus posaderas tras tanto golpe.

En esta línea narrativa es fácil calificar a Sancho como bellaco, truhán y tramposo sólo porque miente. Las intenciones de este hombre

⁹ *Idem*, p. 489.

¹⁰ *Idem*, p. 648.

lleno de simpleza no parecen ser las de sacar un mejor provecho de su amo; simplemente consiente en hacerle saber la dosis de verdad que le sacará de apuros. Los criterios éticos de Sancho no son etéreos, ni apuntan a una perfección inalcanzable; lo suyo es salir al paso de cada circunstancia cotidiana con la llaneza de quien diariamente apuesta su escasa hacienda.

Nuestro andante caballero, en cambio, suspira y tal vez sólo aguarde escuchar lo que de antemano confirme sus certezas sobre una bien-amada señora, cuya existencia es tan imaginaria como su condición de caballero andante. Enderezar entuertos, deshacer agravios, rescatar honores y otras tantas noblezas manifiestan el temple de ánimo siempre listo a mirar más allá de las propias fuerzas. Tales empeños surgen de la buena intención, pero no siempre resultan en actos eficaces, cuando no los ajusta al sentido de la realidad, de modo que casi todos sus alardes justicieros terminan en lamentables desaguizados.

Pareciera que el ejercicio de la mentira y de la ingenuidad son irreconciliables, no obstante ambas coexisten girando en torno a Dulcinea. Así, durante la obra vemos la ingenuidad del caballero que termina en imprudencia y la simpleza del escudero que evade, tanto como puede, el dolor que vendrá con cada aventura andada con su señor. ¿Quién de ellos alcanza una moral más excelente?, ¿el que enfrenta la realidad con mentiras sagaces, o el que se cobija en realidades de ensueño? Y más aún, ¿qué tipo de estructura fundamental –ética– justifica mejor tales morales?

La historia de las ideas da cuenta de los distintos modos de resolver tales preguntas; así se han generado varios sistemas racionales para justificar el sentido de la conducta y quehacer humanos. Pese a sus diferencias, cada sistema ético se afianza de un sentido y éste da a cada sujeto ético, el fundamento de su propia y singular conducta a través de un proyecto de vida y sin más juez que su propia conciencia.¹¹ Así, Cervantes define el proyecto de vida de Alonso Quijano:

¹¹ Cfr. X. Zubiri, *Sobre el hombre*, 1990, Madrid, Alianza-Fundación Zubiri, p. 416.

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballos a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.¹²

La estructura ética que define a don Quijote, es la que evoca al individuo que se vuelca con el prójimo, sea éste un joven en apuros o una doncella burlada, entregándose de tal modo que arriesga sin parar la vida.

El proyecto de vida de don Quijote, corresponde a la estructura de la ética narrativa, la cual, se desarrolla a partir de una coherencia épica literaria de la vida legitimada por una causa que da razón tanto a la alegría como al dolor y por la que se ha de arrojar el hombre a la muerte misma, es una recuperación de la pregunta esencial por lo bueno y por la felicidad.¹³

Para el Caballero de la Triste Figura, cada aventura, cada riesgo, cada cuenta ajena que decide saldar, tiene tras de sí un ideal más alto, la esperanza de que Dulcinea tenga noticia de su valía, y la certeza de que su nombre lo guardará la historia como el de otros héroes.

A don Quijote, poco le importa que todas las batallas lo enfrenten con su locura, si encomendado a su doncella, no permite que coexista a su condición de caballero, injusticia alguna. Cada azote recibido, las palizas, los dientes perdidos, la sangre derramada, no le toman mayor lamento que la angustia de pensar que su Dulcinea ha sido encantada.

¹² Cervantes, *op. cit.*, p. 43.

¹³ Emmanuel Mounier, "El personalismo", en *Obras III*, 1990, Salamanca, España, Sígueme, p. 522.

Hacia el final de la obra, vemos un hidalgo fatigado, cabizbajo y vencido, no por el Caballero de la Blanca Luna¹⁴ –último adversario de don Quijote–, sino por la creciente sospecha de haber perdido a su doncella, es decir, a su ideal.

Moribundo recupera la cordura, por la que tanto rogaron sus amigos, pero al mismo tiempo perdemos al valiente caballero, al hidalgo invencible.

Sancho, por su parte, encarna un horizonte ético distinto, pues tiene bien puesta la mirada en expectativas más tangibles:

En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino.¹⁵

El escudero construye su proyecto de vida a partir de la promesa de una isla que gobernar, y es cómplice de aventuras, unas con más fantasía, otras con más absurdo, pero en todas permanece. Sin ocultar su cobardía y revelándose como un bonachón lleno de refranes –que no siempre cobran sano lugar–, Sancho Panza representa la estructura ética de tipo situacional, que de acuerdo con Mounier “es asumir el carácter condicionado de la libertad. Las situaciones [...] no son obra nuestra. Las situaciones nos piden una respuesta sin dar tiempo a elaborarla, sin estar previstas por esquemas [...] allí donde la tentación de la pereza empuja por inercia a una solución ya elaborada”.¹⁶

La ética situacional, se define por la elección de lo correcto y legítima desde su reflexión el bienestar más próximo por obligatoriedad,

¹⁴ El Caballero de la Blanca Luna resulta ser el Bachiller Sansón Carrasco, amigo de Alonso Quijano, y su aparición es parte de un plan para hacer volver a don Quijote a la tranquilidad de su hogar.

¹⁵ Cervantes, *op. cit.*, p. 74.

¹⁶ Mounier, *op. cit.*, p. 527.

que por supuesto implica la coherencia del hombre y su circunstancia coyuntural.

Así, Sancho es blanco de manteos, dietas insufribles, malos días y noches peores, resolviendo de manera cotidiana, ganar una maleta de camisas, algunas monedas, un burro de la hacienda de su señor y, por siete días, el arduo trabajo de ser gobernador. Su astucia, algunas veces, le permite salir al paso de las imprudencias de don Quijote, y asume la misión tácita de dotar de realidad las andanzas de su amo. Consciente de sus limitaciones, Sancho concede en dudar de las historias de caballería encarnadas por el manchego, cuando para el resto no son más que producto de una mente trastornada.

El gobernador de Barataria, parece otro Sancho, uno que escuchó los consejos de su amo; prudente, justo, y paciente. Pero pocos días fueron bastante, para hacerle saber que gobernar no era trabajo fácil o, al menos, no uno al que él estuviera dispuesto.

A la luz de dos estructuras éticas distintas, ambos personajes son morales, toda vez que guardan coherencia con su base ética, el uno soportada en un ideal que orienta el discernimiento a partir de su causa, y el otro que se apoya para ejercer su libre albedrío en un equilibrio de la conciencia con las exigencias de la coyuntura.

Aunque pareciera que ambos perfiles éticos se edifican en forma paralela, la distancia que guardan es mínima, por momentos difusa, pues estos personajes se implican de tal modo, que terminan reflejándose uno en el otro.

El balance final de este encuentro de éticas en diálogo, comunica una enseñanza que en nuestros días se vuelve imprescindible. La crisis actual que arroja el siglo XX, donde los contenidos de la moral tradicional de occidente, han sido cuestionados severamente por la diversidad cultural, el pluralismo de las ideas y la tolerancia marcada por las buenas intenciones, aspira a tejer principios universales que incluyan una plataforma de común denominador para equilibrar, al menos como propuesta, las aspiraciones de felicidad y justicia de una humanidad que anhela la paz y el bien común. Así que no parece lícito reducir la ética al conjunto de deberes que uno tenga que cumplir,

pues los deberes sólo adquieren sentido para quien ha fraguado su carácter. El tema no es de modo inmediato ¿qué se debe hacer? sino ¿porqué debo hacerlo? No son los contenidos de la ética sino la estructura de la ética misma, son las normas que internamente obligan al individuo desde su conciencia.¹⁷

Tal cuestionamiento sitúa al hombre contemporáneo en un vagabundeo incierto, huérfano de paradigma que dé sentido al dolor y al goce, al sufrimiento y a la alegría, a la vida y a la muerte misma. ¿Quedará algún deber ser que emprenda la simiente de la heroicidad y la aventura del vivir a Quijote y a Sancho? La humildad reflexiva de cómo entender hoy a Cervantes y sus lances caballerescos, recupera el deseo de saber ser feliz y saber ser justo, aspectos que requieren entrenamiento de la actitud, sabiduría moral y ética. Una reformulación que dota de significado a la rutina y despierta el sentido de la aventura de hacer habitable un mundo inhóspito.

Dos personajes tan distintos son al final de la obra uno sólo, con y a pesar del mundo, lo que cuestiona con severidad la vigencia de estructuras morales rígidas e inexorables.

Antes de abrazar su muerte, don Quijote refleja el realismo que nunca tuvo y Sancho se aferra a la ilusión que ve partir:

- Perdóname, amigo, de la condición que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.
- ¡Ay!- respondió Sancho llorando [...] vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver.”¹⁸

Hasta aquí quedan dos vidas que, después de todo, se volvieron una sola. Ahora queda coexistir, con coherencia, sin moral infalible.

¹⁷ Apud Carlos Díaz, *Vocabulario de formación social*, 1995, España, Edin, p. 160.

¹⁸ *Idem*, p. 858-9.